



Libros y Autores

Ignacio Carranza: una vida redonda

“E N 1957 una de esas apatotas de la plaza Yungay lanzó un petardo al templo durante el rezo del Mes de María. El cura, recién llegado, con 18 años de experiencia en otra parroquia muy popular, no les dio beligerancia, prosiguió impertérrito la oración dedicada a la Madre de Dios, y el desgausado no volvió a repetir- se”.

P. Fidel Arameta Bravo: “Crónicas del barrio Yungay” (1972).

El periodista chileno Ignacio Carranza Ríos, que acaba de fallecer en Caracas, Venezuela, donde residía, fue desde niño parroquiano del templo de San Saturnino, en la plaza Yungay. Su cura párroco fue monseñor Oscar de la Fuente, cuyo cargo en el lugar se extendió por un cuarto de siglo. Según se lee en las *Crónicas del barrio Yungay*, del académico de la lengua monseñor Fidel Arameta Bravo, “el templo del más puro estilo gótico, de líneas muy definidas, con sus vidrieras multicolores riquísimas, fabricadas en Francia a fines de la centuria decimonónica, se asienta a las suntuosas iglesias del Salvador, de Santa Filomena y de San José, también ubicada en el barrio, en Agustinas, entre las calles de Libertad y Esperanza, perteneciente a las Hijas de San José, Protectoras de la Infancia, congregación fundada a fines del siglo pasado por el Arzobispo titular de Anazarba y eximio humanista impulsor Joaquín Larraín Gandarillas, gran impulsor de todas las obras de las Hijas de San José”.

Cuenta en su libro Fidel Arameta Bravo que los únicos objetos de valor que encontró en San Saturnino en 1957, al suceder en la parroquia a monseñor Oscar de la Fuente, fueron la imagen del patrono y el crucifijo del altar mayor; prolija y anatómicamente tallado, con su policromía muy bien conservada, de origen quince del siglo XVIII. Observa el autor de las *Crónicas* a este respecto: “Lo obsequió al templo el párroco monseñor Oscar de la Fuente, activo jefe espiritual de Yungay por más de un cuarto de siglo. Valiosos son también la pila bautismal de mármol de Carrara y las dos pilas para conservar el

agua bendita, una a la entrada del templo, del mismo material, y la otra de mármol rosado, que está ahora junto a la puerta contigua al zagala de la casa parroquial. Las puertas son de roble, pero están pintadas...”.

He aquí el paisaje en que templó su fe el soldado católico Ignacio Carranza.

Curiosamente, al enrolarse muy joven en las filas del periodismo, le tocó reemplazar en este diario a un distinguido profesional de confesión masónica: Raúl Gamonal. El jefe



Fidel Arameta Bravo.

del afilado elenco de redactores políticos era José Morales Pérez, hombre forjado, según recuerdo, en la escuela del radicalismo.

Cuando ingresé a la planta de *Las Últimas Noticias*, en 1947, sospeché que todos los redactores políticos eran libre-pensadores, como

se decía entonces.

Ignacio Carranza Ríos y Sergio Marín Galliano, ya con bastante expedición en el manejo de su oficio, no demoraron en demostrarme lo contrario.

Por más de una década amenicé mis labores en el diario con la amistad y simpatía de estos dos formidables compañeros. A Carranza, por ser pequeño y redondo como el escritor mexicano Alfonso Reyes, para no escapar del lugar común o del tópico trillado, urgentes formas de vida en la atmósfera del periodismo, lo filábamos en su condición de “gordo”. De allí partían, según las situaciones, diversos adjetivos: opíparo, dionisiaco, sibarita, etc. A veces el término sibarita, por una demagógica zalema al pueblo-pueblo (así como existe el centro-centro), se convertía en “sibarita”. El “gordo” Carranza no se sentía arbitrariamente motejado con este vocablo. Su fondo dionisiaco era inculcable. Tenía las mismas debilidades del rey David y se armaba de gracia salomónica para juzgarlas. Nosotros sosteníamos que el hecho de su

catolicismo observante le permitía pecar y disculparse ante Dios, cosa que a los más remolones de conciencia parecía vedárseles.

En el rumbo político, digamos en la tertulia de los pares, el “gordo” Carranza afirmaba sus opiniones con nutrido prestigio de persona ilustrada. Se barrantaba que sus predicas “falangistas” —por cuanto era falangista de partido— algún día obtendrían reconocimiento público.

Cuando el movimiento político llamado Falange Nacional no pasaba de constituir un cabildo nacido de las catacumbas conservadoras, Ignacio Carranza Ríos pronosticaba el destino más alto para el “flaco” Frei, líder indiscutible de aquella mesnada. Nunca oí hablar más y mejor de Jacques Maritain que en esos días preñados de fe doctrinaria. En mi calidad de monaguillo la partides de Ortega y Gasset me oponía al sermón carrancista aduciendo el clásico ejemplo de lo imposible de una justicia azul o de una hipotenusa verde.

Hombre de proezas, sin embargo, Ignacio Carranza superó lo imposible al conseguir que su “diario magazine” tradicionalmente reacio a los desvaríos de corte político, abriera sus páginas al torneo de la asamblea pública. La voz “ranking” adquirió así categoría histórica. Después vendrían encuestas, enquisas y sondeos de opinión para esto y lo otro.

En realidad, Carranza, con sus artilugios de hábil propagandista del pensamiento social cristiano, desdichó el camino por el que iba a discurrir la Democracia Cristiana, heredera de la Falange. Carranza no pudo suborcar en 1958 las mieles de la victoria porque a última hora la candidatura de Jorge Alessandri frustró las expectativas de la Democracia Cristiana. En 1964 asistió de lejos al triunfo de su campeón favorito. Su estancia en Venezuela acabó por “vencellozarle” la vida hasta el grado de tornarse ignoto o desconocido para la gente más nueva de su partido.

Tres rasgos muy particulares de su persona evocan en mí el carácter encantador del “gordo” Carranza. La veriginosidad con que



Ignacio Carranza: hombre de proezas y de nutrido prestigio.

a avanzadas horas de la madrugada echaba mano de su “mejor estilo” esmaltando sus crónicas con párrafos de sesiones del Parlamento recortados de *El Mercurio*. Sus risotadas y sus estornudos, francamente estruendosos. Sus risas sólo podían compararse a las risotadas de Hugo Goldsack o de Luciano Vázquez. Por estornudos sonaban como cañonazos. Por último, lo más selecto para mí: el trato que brindaba a mi mujer: “la bella Mimí” o “la hermosa Minu”. Con qué orgullo recibía yo el homenaje que mi amigo rendía en medio de la sala de crónica a la inolvidable mujer que Dios me otorgó como esposa.

Sumiando y restando, si yo tuviera que hacer un balance de la existencia de Ignacio Carranza, diría que la suya fue una vida redonda, como la figura de su persona física de los tiempos felices.

• Filebo

Ignacio Carranza: una vida redonda [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ignacio Carranza: una vida redonda [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile